

## *De hermanitas perdidas a islotes insalubres: algunas representaciones argentinas de Malvinas*

Lara Segade

INSTITUTO DE LITERATURA HISPANOAMERICANA (UBA) – CONICET

---

### ABSTRACT

---

Modern wars are not performed now defending the sovereign, but in the name of the group existence, as Foucault sustained. That's why wars cause many nationalism excesses and debates through which traditions are updated and reviewed and the Nation's values and its member's life values are weigh up. In this paper some of these debates are analyzed through the particular case of Malvinas War (1982), same as the way they have affected the soldiers which lives were involved, from the reading of testimonial tales.

**Keywords:** Malvina's War; Territory; Nation; Life; Representation

Como sostuvo Foucault, las guerras modernas ya no se realizan en defensa del soberano sino en nombre de la existencia del grupo. Es por eso que provocan tanto exacerbaciones del nacionalismo como debates en los que se actualizan y revisan las tradiciones y se sopesa el valor de la nación con el de la vida del individuo que pertenece a ella. En este trabajo, se analizan algunos de estos debates para el caso particular de la guerra de Malvinas (1982), así como también el modo en que repercutieron en los soldados cuyas vidas estaban en juego, a partir de la lectura de relatos testimoniales.

**Palabras claves:** Guerra de Malvinas; territorio, nación, vida, representación

---

## Introducción

La guerra de Malvinas fue el resultado de más de un siglo de negociaciones infructuosas. Fue, también, el último recurso desesperado de un gobierno dictatorial en retirada. Fue la realización de un deseo largamente postergado. Fue una acción concreta en reclamo de la soberanía. Fue una guerra desigual, una vía de escape para las tensiones internas, el capítulo final de la dictadura, el inicio de la democracia, una aventura irresponsable. Fue una guerra planeada por los mismos militares que secuestraban, torturaban y mataban; fue peleada por jóvenes conscriptos, algunos de los cuales no habían completado su instrucción. Fue euforia y sorpresa, fiesta en las calles; fue, después, desazón y estupor. Fue muerte sobre la muerte.

La guerra entre Argentina e Inglaterra fue esas y muchas otras cosas. En 1982, múltiples significados se sumaron al ya complejo y polisémico significante “Malvinas”. Como sostiene Rosana Guber, existen al menos tres referentes fundamentales para “Malvinas”, que “aluden al territorio geográfico, a la reivindicación o causa de la soberanía territorial, y al conflicto bélico...” (Guber, 2001, p. 15). En torno a cada uno de estos referentes los sentidos confluyen, dialogan, se tensan y se oponen, de modo tal que la significación de Malvinas nunca termina de cerrarse. Se trata, en efecto, de sentidos relacionales: hablar de unos supone modificar los otros, aunque sea levemente. Esto es especialmente cierto en 1982, cuando pensar la guerra es pensar el presente: el final de la dictadura, el advenimiento de la democracia. Es, también, especialmente cierto para los combatientes, que van a dar la vida en nombre de ese territorio tan significativo y a la vez tan insignificante, imaginado como propio pero nunca visto.

A continuación se analizarán, por un lado, algunos de los textos que en 1982 intervinieron en los debates intelectuales en torno a la guerra y, por otro lado, algunos testimonios de combatientes. Estos textos constituyen un espacio privilegiado para observar el modo en que los significados de Malvinas se actualizan y a la vez se reconfiguran en el contexto de la guerra y para reflexionar acerca del proceso dinámico por medio del cual las imaginaciones del territorio, la historia o la comunidad confluyen en una determinada representación de la nación en nombre de la cual se da (o no) la vida.

## Lejos de casa: México y San Pablo

En 1982, el Grupo de Discusión Socialista emite una declaración de apoyo a la guerra de Malvinas<sup>1</sup>. Uno de los argumentos allí esgrimidos alude a los intereses económicos y estratégicos en juego. Entre los económicos, se destacan las riquezas ictícolas, el krill y los – potenciales – yacimientos de hidrocarburos. Entre los estratégicos, el territorio adquiere valor en relación con la posibilidad

---

<sup>1</sup> El Grupo de Discusión Socialista estaba conformado por algunos de los argentinos exiliados en México, en general intelectuales. “Por la soberanía argentina en las Malvinas: por la soberanía popular en la Argentina”, declaración de apoyo a la guerra firmada por todos ellos, sale a la luz el 10 de mayo de 1982, durante el transcurso del conflicto. La reacción de otros intelectuales, como León Rozitchner (también exiliado en México) no se hizo esperar, de modo tal que este primer debate en torno al sentido de Malvinas se produce al calor de los acontecimientos, aunque lejos de ellos.

de complementar la OTAN con un tratado similar en el Atlántico Sur, en el marco del enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética; además, una base en Malvinas constituye una ventaja en función del futuro reparto de la Antártida. Asimismo, en la Declaración se consignan los derechos históricos de soberanía de la Argentina sobre las Malvinas, que se remontan al siglo XIX. De este modo, se actualizan principalmente dos de los tres sentidos asociados al significativo “Malvinas”: el territorio geográfico, con sus riquezas naturales y su ubicación estratégica, y la causa de la soberanía territorial (Guber, 2001). En cuanto al tercer sentido, el del conflicto bélico (“Malvinas” como sinónimo de “guerra de Malvinas”), la declaración pide la paz pero con la condición de que las islas queden en manos argentinas; al mismo tiempo, los firmantes manifiestan su adhesión a “todos los sectores populares de Argentina que luchan para que no sea entregada una soberanía que se está reconquistando con la sangre y el esfuerzo del pueblo...” (AAVV, 2005, p. 152). En efecto, la posición de la Declaración respecto de la guerra en sí misma es ambigua. Se pide la paz, pero también se interpreta la guerra, en tanto antiimperialista, como la puerta de acceso a una realidad nueva, en la que la dictadura se vea de pronto, como por un pase de magia, encabezando una acción contraria a sus propios intereses pero, en cambio, afín a los intereses del pueblo. Es de aquí, finalmente, de donde el Grupo de Discusión Socialista colige su posición de apoyo a la guerra.

En su respuesta a la Declaración, León Rozitchner señala que esa posición y el triunfalismo que supone solo puede sostenerse a costa de olvidar uno de los aspectos centrales de esta guerra: los lazos que, desde el comienzo, la unieron con la dictadura militar. No hay independencia posible entre ambos acontecimientos, pues comparten la misma lógica: “esta guerra ‘limpia’ constituyó la prolongación de aquella otra guerra ‘sucida’ que la requirió” (Rozitchner, 2005, p. 11). Sin embargo, en la ambigua conceptualización de la guerra de la Declaración se olvida precisamente que los jóvenes van a morir o, mejor dicho, que los jóvenes van a seguir muriendo, a manos de la misma dictadura. El énfasis en los factores históricos y territoriales que justifican la guerra se pone allí al servicio de ese olvido, en tanto estos se consideran más relevantes que las consecuencias nefastas de la guerra en general y de Malvinas en particular. En efecto, lo que se produce es un olvido de la guerra: del hecho de que va a producirse y de su lógica perversa: “...anulamos el sentido histórico que liga ambas formas de muerte, y dejamos de leer la lógica que circula en otro nivel, ese del cual los militares nos quisieran separar. Nuestros militares siempre engendran muertos, esa es la verdad” (*ivi*, p. 77).

A su vez, en el reverso del olvido de la guerra aparece una creencia en la omnipotencia de la fuerza: se ocupan las Malvinas para que, con el hecho consumado las negociaciones sean favorables a la Argentina. De este modo, se aceptan, aunque sea implícitamente, la validez y hasta la primacía de la fuerza como razón. Es en ese punto donde los firmantes de la declaración se aproximan peligrosamente a la dictadura. Como sostiene María Pía López: “[León Rozitchner] Muestra las capas en las que se va elaborando una posición en el campo mismo de la ilusión [...] escribe que los firmantes comparten con la Junta Militar la fantasía de que es posible recuperar Malvinas sin una guerra con Inglaterra” (López, 2010, p. 151).

En la misma línea, Néstor Perlongher fue de los primeros en oponerse públicamente a la guerra y a quienes la apoyaban interpretándola como una

guerra antiimperialista y defendiendo la justicia de la causa por sobre la injusticia de toda muerte<sup>2</sup>. Para Perlongher, igual que para Rozitchner, Malvinas pertenece y responde a la más pura lógica del poder militar: “Es casi lógico que un estado paranoico como el argentino genere una guerra: la producción de excusas para un delirio xenofóbico que signifique *un paso adelante*” (Perlongher, 1997, p. 177). La pregunta que se plantea, entonces, es sobre los apoyos brindados a la guerra por algunos partidos de izquierda, opositores y hasta víctimas de la dictadura y, más ampliamente, por las masas argentinas que “en nombre de una abstracta territorialidad, que en nada ha de beneficiarlas [...] se embarcan en la orgía nacionalista y claman por la muerte” (*ibidem*).

En “La ilusión de unas islas”, de 1983, Perlongher profundiza sus ideas contra la guerra a partir de la noción de ilusión. Según el autor, si un año antes los intelectuales se aglutinaron detrás de la causa Malvinas – y del territorio Malvinas – fue a costa de olvidar levemente la guerra de Malvinas y la “guerra sucia” que había en su origen<sup>3</sup>.

Se discute, se va a las manos, por la posesión de unos desiertos (de los que al parecer no puede desertarse). Se despierta en el desierto, el vate, legañoso, ilusionase: ‘La guerra –imaginábamos– forzosamente nos dejaría en *relaciones sociales nuevas* (por momentos, las suponíamos triunfantes, inaugurales)’ [...] El *Entredicho* se eleva fugazmente al didactismo, cuando revela que el Estado Argentino –‘espectador neutral’– no ha conocido, en este siglo, guerras. Debe referirse, pensamos, a las guerras ‘limpias’ [...] Pero no hay por qué suponer – en honor al localismo– que el fango de las trincheras de Ganso Verde ensucie, o manche, más que el barro de las zanjas de Victoria, o el Tigre. Sólo que en el primer caso la pantera bélica ruge más estentórea, sin clandestinidad aparente (Perlongher, 1997, p. 181).

Y en el centro de esta lógica militar que une ambos episodios, ya en 1982 Perlongher situaba a la muerte, núcleo del olvido de quienes priorizan Malvinas-territorio y Malvinas-causa:

El solo hecho de que guapos adolescentes, en la flor de la edad, sean sacrificados (o aún sometidos a las torturas de la disciplina militar) en nombre de unos islotes insalubres, es una razón de sobra para denunciar este triste sainete, que obra mediante el casamiento de los muchachos con la muerte (*ivi*, p. 179).

Tanto la declaración de los exiliados en México como la respuesta de Rozitchner y el primero de los textos de Perlongher se caracterizan por un cierto tono de urgencia<sup>4</sup>. Esto se explica, al menos en parte, por el hecho de que

<sup>2</sup> Perlongher, quien en 1981 se mudó a San Pablo, sostuvo esta posición en tres artículos: “Todo el poder a Lady Di”, publicado en la revista *Persona* n°12 en 1982; “La ilusión de unas islas”, publicado en la revista *Sitio* n° 3 en 1983 y “El deseo de unas islas”, publicado en la revista *Utopía* n°3 en 1985.

<sup>3</sup> En este artículo Perlongher responde puntualmente a los miembros del grupo editor de la revista *Sitio* que firmaron una editorial sobre Malvinas en el número anterior de esa publicación.

<sup>4</sup> A esta lista habría que agregar, en el terreno de la ficción, la novela *Los pichiciegos*, de Rodolfo Fogwill, escrita entre el 11 y el 17 de junio de 1982. Todos los autores se apresuran por publicar o al menos poner en circulación sus textos (*Los pichiciegos*, por ejemplo, circula primero en

fueron producidos al calor de los acontecimientos bélicos, los cuales requerían no solo una pronta toma de posición sino también respuestas para los interrogantes que toda guerra plantea: ¿en nombre de qué se pelea? ¿Vale la pena dar la vida en nombre de *eso*? Para Perlongher, se pelea en nombre de unos islotes insalubres, un desierto o una abstracta territorialidad, lo cual, evidentemente, no vale la pena, ni la vida. Para el Grupo de Discusión Socialista, en cambio, se pelea en nombre de promesas petrolíferas, peces, krill, un territorio estratégico o en nombre de una causa justa. Estas dos posiciones, opuestas y extremas, sobre el nombre y por tanto el sentido de lo que se disputa guardan estrecha relación con dos ideas, también opuestas, sobre la guerra. En efecto, estas reflexiones inauguran una larga pugna por el significado de la guerra que si por un lado es nueva (en tanto la guerra es nueva), al mismo tiempo se inscribe en una larga tradición significativa vinculada al término “Malvinas”. Las hermanitas perdidas de Atahualpa Yupanqui, las “islas de mierda, llena de pingüinos” de Julio Cortázar, los mapas de la tradición escolar, la aventura peronista del Operativo Cóndor en 1966, las reflexiones de José Hernández y Alfredo Palacios acerca de la importancia que las Malvinas podrían tener para la unidad nacional, la resistencia del gaucho Rivero<sup>5</sup>: una tradición de más de un siglo que colmó de imágenes y deseos ese territorio prácticamente desconocido que Menéndez llama “tierra de sueños” en tanto “...tiene la posibilidad de ser más significativa que el territorio que se posee efectivamente...” (Menéndez, 1998, p. 37). O, en otras palabras:

Las islas son fundamentalmente siluetas, formas vacías. Pero este vacío de Malvinas, tantas veces invocado para razonar su inutilidad práctica o económica es, de alguna manera [...] la razón de su inapreciable valor. Como las Malvinas en sí mismas no son nada, pueden significarlo todo. Son un fetiche de la nacionalidad, el objeto de deseo por antonomasia, y cada uno puede ver en sus siluetas, cambiantes como jirones de nubes, el rostro de su anhelo máspreciado (Gamerro, 2006, p. 65).

En efecto, en Malvinas se proyectan diversos sentidos, a veces opuestos, que remiten, además, a múltiples ideas sobre la nación y sobre aquello que podríamos llamar “argentinidad”. Las Malvinas son, entre muchas otras cosas, un territorio propio que los ingleses usurparon en 1833: hasta que no sea recuperado la nación no estará completa. Así, en el caso de las Malvinas, las representaciones □ y esperanzas □ que una sociedad tiene de sí misma se entrelazan con el territorio de una manera única.

En este marco, las reflexiones producidas entre abril y junio de 1982 en torno a la cuestión de la guerra que, en sí, constituye un acontecimiento novedoso, resultan inseparables de la larga tradición de reflexiones anteriores sobre el territorio y la historia. La confrontación es, al mismo tiempo, vieja y nueva. El sentido o el sinsentido de la guerra de Malvinas se mezclan en estos debates con la turba, los pingüinos, el petróleo, el viento helado, los piratas, el colonialismo, gauchos cuyo espíritu alienta a los cuchilleros correntinos o

---

fotocopias) y en general hacen referencias explícitas a las fechas de escritura. Como resultado, después de la rendición argentina, estos textos adquirirán cierto matiz anticipatorio.

<sup>5</sup> En *¿Por qué Malvinas?* Rosana Guber realiza un relevamiento de estas tradiciones y un análisis del modo en que fueron constituyéndose como partes fundamentales del significado de “Malvinas” hasta 1982.

Galtieri; además, los diversos significados de Malvinas y la valoración relativa de cada uno de ellos resultan interdependientes. En una parte de su respuesta, Rozitchner acusa al Grupo de Discusión Socialista de: “apuntalar la inversión de la jerarquía anterior, que sostenía a la Junta Militar como el mal mayor, el enemigo principal en el interior de la propia nación” (Rozitchner, 2005, p. 23). Esto es, de transformar “...lo que *antes* era para los argentinos lo *más* importante –los actos de entrega de la soberanía del país, los asesinatos, las torturas, la ocupación militar– en *menos* importante frente a lo que, de pronto, se revela ocupando en la jerarquía el lugar de ‘lo más trascendente, complejo e importante’” (*ibidem*). En todo caso, todo es Malvinas. La pregunta que subsiste es de cuáles Malvinas se está hablando y si valen la vida. Esta es la relevancia del debate entre abril y junio de 1982.

### Mientras tanto, en Malvinas...

Perlongher insiste en la imposibilidad de desertar de esos desiertos (imposibilidad, por tanto, de desanudar el matrimonio de los guapos adolescentes con la muerte); Fogwill consigue, en *Los pichiciegos*, sustraer a un grupo de soldados de la guerra escondiéndolos en un pozo en el mismo terreno de combate (en efecto, el carácter insular del terreno aumentaba la dificultad de la huida); los socialistas de México adhieren a la reconquista que se realiza por medio de la sangre y el esfuerzo del pueblo y promueven la participación efectiva<sup>6</sup>.

Esta recurrente aparición en los debates se corresponde con el hecho de que la desertión es, efectivamente, una de las problemáticas fundamentales que la guerra plantea, la cual, además, remite a la cuestión del biopoder, tal como fue desarrollada por Foucault en su *Historia de la sexualidad*. En efecto, la posibilidad del cuerpo de sustraerse de la sujeción del poder estatal habilita una reflexión sobre los mecanismos por medio de los cuales ese poder ejerce control sobre la vida, así como sobre los términos en que se concibe y se define esa vida. Y es en este punto, en que el valor de la vida se sopesa con la eficacia del poder que la controla, donde la cuestión de la desertión adquiere su relevancia. Ya sea que los individuos están dispuestos a dar la vida, ya sea que decidan que no vale la pena, en cualquiera de los dos casos las preguntas que se plantean son las que mencionábamos antes: ¿en nombre de qué se da la vida? ¿Vale la pena? En otros términos, lo que aparece es el modo en que las representaciones que una nación tiene de sí misma y de su historia y que atañen a los territorios que la conforman (o deberían conformarla según su tradición) son internalizadas por los individuos que tienen que ir a pelear e influyen sobre ellos. ¿En qué medida las Malvinas (en tanto tierra de sueños, promesa de unidad nacional, yacimientos petrolíferos o islas injustamente usurpadas por una potencia colonial) son motivo suficiente para dar la vida en una guerra? Si, tal como plantea Foucault, las guerras modernas ya no se hacen en nombre del soberano sino en nombre de la existencia de todos, ¿en qué términos imagina cada uno la relación de su existencia con esas tierras? ¿Los combatientes sienten propio ese territorio y las tradiciones que lo atraviesan? ¿Se trata, efectivamente,

<sup>6</sup> La lista es mucho más larga. La cuestión de la desertión adquirió también una fuerte presencia en la literatura sobre Malvinas que se inicia con *Los pichiciegos*. Por ejemplo, es un tema central en las novelas *El desertor*, de Marcelo Eckhardt o *Latas de cerveza en el Río de la Plata*, de José Stamadianos.

de una territorialidad abstracta o, por el contrario, las Malvinas son un fragmento de la nación tan concreto como cualquier otro?

En este sentido, resulta relevante el hecho de que mientras en los debates intelectuales se habla a favor o en contra de la deserción y muchas novelas utilizan la figura para situar su posición en relación con la guerra, en la práctica, esta tuvo escasísimas manifestaciones. Cuando, años después, los soldados den testimonio, pocas veces se referirán a la deserción y cuando lo hagan será para admitir que nunca constituyó una posibilidad real<sup>7</sup>: “¿Por qué nunca dudé en presentarme? ¿Por qué no tuve un mínimo reflejo de huida? Ojalá pudiera recuperar ese gesto como un acto heroico, pero de verdad, no podría decir que iba a luchar por la patria, sólo sé que fui” (Cittadini y Speranza, 2007, p. 18)

De los ocho “chicos de la guerra” entrevistados por Daniel Kon en 1982, ninguno habla de la posibilidad de no presentarse o escapar. Los que manifiestan temor respecto de la guerra o aversión al gobierno militar terminan por encontrar consuelo en el hecho de que marcharán al frente junto con todos sus amigos de conscripción: “Fui al regimiento con miedo a que no se presentaran mis amigos de la colimba. *Uy, a ver si me presento yo solo*, pensaba. Pero cuando llegué y vi que estaban todos, que ni uno había fallado, me puse muy contento. Eso daba mucha fuerza, estaban todos, ninguno se había borrado” (Kon, 1982, p. 175). La mayor parte de ellos, además, conserva la calma porque no cree que vaya a producirse efectivamente una guerra.

Distinto es el caso de los militares de carrera, que, habiéndose preparado toda una vida para ese momento, reciben la noticia de la invasión con alegría y en muchos casos con conciencia de la responsabilidad que les cabe. Para ellos la guerra es, ante todo, una actividad profesional. Sin embargo, aun en estos testimonios, a través de la sorpresa, algunas consideraciones sobre el significado de Malvinas se entrecruzan en el relato.

La carta de Georgias era más o menos esperable pero Malvinas era una sorpresa [...] Lo nuestro era más bien una mezcla de euforia y sorpresa. Porque si bien Malvinas era un objeto perdido, una cosa robada, una enajenación a lo que uno sentía propio con todo un trasfondo de carácter sentimental presente en toda la sociedad, estaba más en la simbología de las maestras primarias que en el folklore y la historia militar reciente (Cittadini y Speranza, 2007, p. 14).

La sorpresa no llega, sin embargo, a constituir un cuestionamiento, del mismo modo que, para los conscriptos, el miedo no se traduce resistencia. Se va a Malvinas, con miedo, con sorpresa. Se va hasta allá para defender ese territorio, para, si hace falta, dar la vida por él.

Las preguntas aparecen con mayor fuerza después: al llegar a Malvinas, al pisar el suelo o al ver el contorno de las islas desde el avión, los múltiples sentidos tradicionalmente asociados a Malvinas se actualizan – actualizando también su conflicto – y se anudan con otros, nuevos. Es recién entonces que Malvinas comienza a significar, ante todo, guerra de Malvinas. Tal como sucedía en los debates intelectuales, en los testimonios de ex combatientes, es al hablar del territorio y de su historia cuando se habla, también, de la guerra y su sentido.

---

<sup>7</sup> Hay que tener en cuenta, entre otros factores, el hecho de que durante una dictadura militar como la que gobernó Argentina entre 1976 y 1983, los márgenes de libertad de la vida en su relación con el poder estatal son particularmente estrechos.

En los testimonios, es precisamente en el momento de la llegada a las islas donde comienza a advertirse una insalvable distancia entre lo que ven los conscriptos y lo que ven los militares. El territorio que describen unos y otros no es el mismo. Según María Isabel Menéndez, en una serie de testimonios recogidos por ella: “aparece con fuerza esta idea de ‘ser de un lugar’ o ‘ser dueño de un lugar’ como en el caso de las islas, y se marca el momento de la llegada a ellas, de pisar esa tierra, como el momento de toma de conciencia de esa noción de pertenencia” (Menéndez, 1998, p. 38). En efecto, el momento de volver a pisar un territorio enajenado durante más de un siglo por una potencia extranjera debería ser el momento cumbre de reconocimiento de ese territorio como propio, de encuentro entre la tierra y la propia existencia, un momento emotivo en que las tradiciones se actualicen en el cuerpo. Los militares tienden a relatar su llegada en estos términos, lo que ven aparece efectivamente teñido de la emocionalidad del reencuentro: “...el primer sentimiento que tuve fue una emoción muy grande...” (Túrolo, 1982, p. 45); “...bajamos los primeros a tierra y corrimos a un costado de la pista, tiramos el bolsón, nos tiramos al suelo, lo besamos...” (*ivi*, p. 183); o “Al ver las islas desde el avión pensé más que nunca que eran nuestras y que pasara lo que pasara, siempre iban a ser nuestras” (*ivi*, p. 255).

En general, estos testimonios pasan de mirar el territorio como un fragmento de la patria recién recuperado a mirarlo como un centro de operaciones, donde deben ubicarse y prepararse para esperar al enemigo. En el medio, no queda tiempo para una mirada más detenida. Entre los testimonios recopilados por Carlos Túrolo en *Así lucharon*, que pertenecen en su totalidad a militares de carrera, solo hay un caso en que son mencionadas la extrañeza y la sensación de ajenidad que provoca el paisaje de las islas: “Por la construcción parecía más un pedazo de Inglaterra el lugar donde habíamos arribado” (*ivi*, p. 237). Sin embargo, esta no tarda en dejar lugar a otra cosa: “Al desembarcar en las islas nos sentimos con ese orgullo que se siente el que inicia una empresa que tiene como fin hacer justicia...” (*ibidem*).

En cambio, los soldados conscriptos, aunque también quieren ver en la tierra por la que van a pelear un fragmento faltante de la patria, no pueden evitar ver otra cosa: “Para mí significaba un forzamiento intelectual pensar que estábamos en nuestra tierra. En realidad parecía que estábamos invadiendo un pueblo costero inglés” (Cittadini y Speranza, 2007, p. 42). Incluso, la extrañeza llega en algunos casos a ser tal que constituye casi una forma de irrealidad: “La imagen que más tengo grabada es la del pueblo, esas casitas inglesas de madera y chapa, cada una con su parquecito. Parecía un pueblito como el de las películas [...] y la guerra es exactamente igual que en las películas” (Kon, 1982, p. 59); “Me parecía un sueño. Nunca había viajado en avión, y en 24 horas había hecho dos vuelos [...] Unas horas antes estaba en mi casa, con mi familia, y ahora estaba en el aeropuerto de Puerto Argentino. Ya te digo, era como un sueño” (*ivi*, p. 137).

El problema reside en la posibilidad de asignar un sentido a ese territorio que sea lo suficientemente potente como para que la guerra valga la pena. En estos testimonios, la noción de pertenencia no se actualiza con bastante fuerza en la mirada que se posa sobre el paisaje de Malvinas. Ni la historia ni la geografía □ ni la causa justa ni las riquezas naturales □ aparecen en esta primera impresión. O, si aparecen, lo hacen como punto de contraste, como falta: el que mira se avergüenza, como si fuera culpa suya no percibir lo



argentino de esas tierras, no conocer, no lograr trascender esa apariencia tan inglesa.

¿Sabés cómo me sentía yo? Como un aparato. ¿Adónde íbamos? No se sabía. Y había gente, esto hay que decirlo, que no sabía siquiera por qué teníamos que pelear [...] había chicos, con los que yo hablé, que ni tenían muy en claro el significado de esas islas. Y esos pibes fueron puestos ahí, con un fusil en la mano, para que tiraran, y no sabían siquiera dónde estaban parados [...] Al volver en el Canberra, como prisionero, conversé con algunos de los ingleses y ellos me mostraron una carta geográfica, muy pequeña, de bolsillo, con puntos de colores, en los que estaban marcadas hasta nuestras posiciones. Y esos tipos con los que yo hablaba no eran oficiales, eran simples soldados; pero apenas desembarcaron ellos tenían idea de dónde estaban, sabían cuál era cada monte. Yo, en cambio, no tenía ni idea [...] Por ahí me decían 'replegarse' y salía corriendo para el otro lado..." (Kon, 1982, p. 19).

### Los hombres de algas

Sobre la tierra o el mapa de Malvinas se traza una historia que coincide o al menos se entrelaza con la historia argentina. En efecto, es al ser representadas como territorio irredento donde las islas se vinculan especialmente con una idea de nación (Guber, 2001). Hasta 1982, la nación está incompleta; para completarse □ y, de paso, para unirse y pacificarse (Lorenz, 2006) □, necesita recuperar las Malvinas. La emoción de los militares al pisar ese tramo de suelo arrebatado en 1833 es una prueba de la eficacia de esa historia, mientras que muchos de los soldados conscriptos dan cuenta, por el contrario, de sus límites, en tanto no consiguen ver en las Malvinas el fragmento faltante de Argentina. La extrañeza frente a ese territorio desconocido y la consecuente imposibilidad de verlo como propio se agudiza en cuanto aparecen los pobladores de las islas, que parecen cualquier cosa menos argentinos y con los cuales ni siquiera se comparte el idioma. En efecto, los kelpers son completos extraños: no solo hablan otro idioma, tienen otras costumbres y otra apariencia; además reciben con hostilidad y rechazo a los argentinos, cuya llegada interpretan como una invasión y no como una liberación ni, mucho menos, como una recuperación.

La disonancia que los kelpers ocasionan en el territorio que los argentinos esperan ver es expresado en muchos de los testimonios: "Es una sensación bastante extraña: uno sabía que esa tierra era nuestra, pero veía gente que ni siquiera hablaba nuestro idioma" (Cittadini y Speranza, 2007, p. 36). Incluso, en las contadas oportunidades en que militares de carrera perciben o relatan la extrañeza, lo hacen poniendo el foco en los kelpers. En el único testimonio en todo el libro de Túrolo que menciona la similitud de Malvinas con Inglaterra, el relato se centra en los kelpers y sus costumbres. Incluso podría decirse que, mediante una suerte de inversión, se carga de extrañeza y rechazo la mirada de los kelpers, en tanto que la propia se neutraliza:

Cuando entramos en la ciudad, de calles tan estrechas que apenas nos permitían girar cómodamente nuestros vehículos □ sobre todo por el cañón □ observábamos cómo los habitantes furtivamente nos miraban desde sus ventanas, con un tanto de temor ante esas tropas que estaban haciéndose fuertes en la isla. Como con el temor del que ve llegar a alguien desconocido [...] Sin duda, nosotros habíamos inyectado un nuevo frenesí a toda esa ciudad,

un pueblo que estaba siempre tranquilo se veía conmocionado. Había cambiado la mano de circulación de las calles, había un montón de gente que hablaba otro idioma y que era diferente de ellos. Esto sin duda le provocó una especie de shock a todos los habitantes y nos observaban un poco como bichos raros... (Túrolo, 1983, p. 237).

De esta manera, el Subteniente G.A.T. coloca el shock en la mirada del otro y consigue disimularlo en la suya propia y, lo que es más, consigue apartarse de la zona donde el relato de la argentinidad corre peligro, al neutralizar la extrañeza y el temor que le provocan esos otros que habitan la tierra supuestamente argentina. Consigue, finalmente, reencauzar el relato a una zona segura, donde la invasión es recuperación y la causa es justa y donde una paternal tolerancia hace suponer que la circulación de las calles o el idioma son diferencias menores, que molestan a ellos más que a nosotros.

En el encuentro con los kelpers se hace más pronunciada la brecha entre lo que dicta la tradición y lo que se percibe. Como señala Oscar Reyes: "Los tratábamos como si fuesen nuestros aliados pero en realidad nunca lo fueron. Las directivas eran: 'Son argentinos', pero no lo eran y nunca lo van a ser" (Cittadini y Speranza, 2007, p. 41).

Si algunos, como este subteniente buscaron remedar la diferencia por medio del recurso a una tierna tolerancia paternalista, otros, en cambio, la aceptaron e intentaron, dentro de sus posibilidades, conocer y comprender a los kelpers. El médico del ejército Juan Carlos Adjigogovich, por ejemplo, relata cómo, al llegar a la zona donde desempeñaría sus funciones, se encargó de hacer un acta con el estado médico de todos los kelpers que había en la zona. En el acta se consignaron tanto los miembros de cada familia como sus estados generales de salud. Una vez realizada esta tarea, se instaló una enfermería en una de las casas de pueblo; en ese momento, algunas apreciaciones personales comienzan a permear el relato, reinstalando allí la distancia y la desconfianza mutua que el registro objetivo del acta médica disimulaba:

Nosotros tratábamos de tener buen trato con ellos pero nos miraban con desconfianza. Se hacía una revista médica diaria y cada vez que necesitaban médico se los atendía. No sé cómo harían antes de nosotros, porque nos llamaban bastante seguido, prácticamente todos los días, por cualquier motivo... (Cittadini y Speranza, 2007, p. 40).

Los médicos no fueron los únicos que observaron a los kelpers con interés científico. El subteniente Gómez Centurión, por ejemplo, incluye en su relato algunas observaciones de tinte antropológico:

Aprendí en el contacto con ellos que se trata de gente sin ningún tipo de intereses comunitarios, sin ninguna preocupación por el nucleamiento social. Sus vínculos son meramente económicos. "Kelper" es un alga de las costas de Malvinas y, realmente, el kelper tiene una psicología de alga... (*ivi*, p. 37).

En este testimonio, el conocimiento surge como una vía de acercamiento a ese otro que a primera vista – en su diferencia – resultaba inaprehensible y permite, en cierta medida, recuperar a los kelpers para la argentinidad, al asignarles unas cualidades comprensibles (aunque despreciables). Así sean como algas, el colocarlos en un universo significativo conocido los acerca y

aplaca el terror que provoca el desconocimiento total. Dice el mismo Gómez Centurión en otra parte:

Los soldados desconfiaban de esa gente que hablaba en otro idioma, todo les era ajeno, agresivo. Yo intentaba tener una actitud más relajada, un poco más contemporizadora. Hablaba inglés y podía entenderme con ellos. Cuando entraba a una casa, los soldados quedaban apostados afuera, muy tensos, con las armas listas (*ivi*, p. 41).

La mirada, apenas esbozada en estos relatos, en la que el interés científico se conjuga con afán de dominación, puede enmarcarse en una larga tradición a la que pertenecen, entre otros textos, los diarios y crónicas de los conquistadores europeos durante los tiempos de la conquista de América y algunos de los diarios de viajes de científicos de la misma época (Pratt, 2011). Estos relatos son parodiados en el capítulo del diario del Mayor X, en una de las novelas más relevantes sobre la guerra de Malvinas: *Las islas*, de Carlos Gamerro. El diario, en el que el mayor escribió su particular experiencia de Malvinas, da cuenta de lo antiguo del vínculo entre curiosidad científica y dominación, a la vez que de lo antiguo del lenguaje en que ese vínculo se narra. A su vez, el diario remite a los relatos de los soldados de 1982, justamente en el modo en que el Mayor mira y trata de “conocer” a los kelpers:

Gracias al lenguaraz, mi conocimiento de los nativos y sus costumbres se ha acelerado notablemente. Se denominan a sí mismos *kelpers*, que en su idioma significa algo así como “el hombre” o “los hombres”. ¡Hasta nuestra llegada, pensaban que eran los únicos sobre la tierra! [...] La palabra *kelp* se aplica también a cierta especie de larga alga correosa, muy abundante en estas aguas, por lo cual conjeturé que se ven a sí mismos como hechos de algas (y antes de reírnos de su ingenuidad, recordemos que nosotros mismos postulamos un origen a partir de un material menos idóneo aún, el barro; y que los antiguos mayas se creían amasados de maíz)... (Gamerro, 1998, p. 444).

Los rumores dicen que el Mayor nunca volvió, que sigue peleando con un escuadrón fantasma y que además en su diario consignó el secreto de la guerra, presumiblemente vinculado al “tatú cordobés”. La leyenda, que liga la historia de Malvinas con la historia colonial, cuenta que el tesoro que el Virrey Sobremonte, creyéndose cercado por los ingleses, se llevó a Córdoba en 1806, terminó accidentalmente en las Malvinas, escondido en un tatú. Tal sería, según la leyenda, el verdadero motivo de la invasión inglesa de 1833, de las investigaciones de Darwin y, también, de la guerra de 1982: recuperar el tatú.

...se dice que quien recupere el tatú y su contenido tendrá legítimos derechos sobre las Islas [...] Como toda leyenda, esta no deja de tener su parte de verdad: en base a los cálculos que se han hecho sobre su valor – un cargamento incalculable que acababa de llegar desde el Perú fue lo que desencadenó la invasión de 1896 – el tesoro por sí solo bastará para inclinar la balanza de la guerra en dirección a su poseedor (*ivi*, p. 69).

Según cuenta en su diario, fue el Mayor X el que, finalmente, encontró este tesoro en 1982. No es menor la relación que se traza, a partir de allí entre, por un lado, la guerra y el pasado y, por otro lado, entre la guerra y las riquezas

económicas que supuestamente las islas esconden. Además, esas relaciones aparecen parodiadas, colocadas bajo el signo de la risa.

El 14 de junio de 1982, el Mayor X llega a la “Argentina invisible”, donde todos los próceres argentinos lo invitan con una fastuosa parrillada, a cargo de Leopoldo Lugones.

La comunidad argentina ideal, le contó el poeta mientras comían a mano y facón, entre sorbo y sorbo de vino purpúreo servido en astas de toro recamadas en plata exquisitamente labrada, había sido fundada por los argentinos residentes en Malvinas tras la ocupación de las Islas en 1830. En su forzado exilio hacia el interior de la Isla Grande habían encontrado el tesoro del tatú cordobés [...] y comprendiendo que la patria grande se vería siempre acosada por las corruptas corrientes de la historia y el mundo exterior, habían decidido fundar esa ciudadela inexpugnable en el corazón de las Islas, para mantener pura la esencia patria... (*ivi*, p. 468)

Según Félpe Félix, protagonista de la novela, el diario fue escrito por el Mayor X en el campo de prisioneros de San Carlos y constituye una versión alternativa del final de la guerra. Más adelante, se devela además la identidad del Mayor: es Arturo Cuervo, un militar que participó activamente de la represión ilegal y la tortura durante la dictadura. De esta manera, en *Las islas*, a través de la parodia sobre el forzamiento que supone concebir algo así como una esencia argentina que pueda ser atribuida a las islas y a sus habitantes o desde la cual estos puedan ser mirados y comprendidos se revela, efectivamente, el secreto de la guerra, que no es otro que el que señalaba Rozitchner: la guerra fue realizada por los mismos militares que mataron y torturaron en la “guerra sucia”; Malvinas continúa la lógica de esa “otra guerra”. De hecho, en algunos de los testimonios que se producen antes de la llegada de la democracia, como por ejemplo, los recopilados por Túrolo, esta continuidad se hace manifiesta: “...los comandos –porque nos formamos en el trabajo y en el sacrificio, en la paz y en la guerra (al decir la guerra hablo de la que tuvimos en Tucumán) [...] tenemos un espíritu muy particular” (Túrolo, 1982, p. 19).

Por otra parte, esta parodia vuelve visible otra cuestión: la del supuesto nacionalismo de los militares. Así como Rozitchner señalaba el rasgo ilusorio de la postura que interpretaba una guerra iniciada por los militares como antiimperialista, Carlos Gamerro señala la falacia en la que se apoya la idea de que la guerra de Malvinas fue una guerra de liberación o una guerra antiimperialista: que enfrentarse a una potencia imperialista nos convertía automáticamente en antiimperialistas. El problema es que, contrariamente a lo que se tiende a pensar, los militares argentinos no son nacionalistas sino, por el contrario, agentes locales del poder imperial. En Malvinas, lejos de enfrentarse al poder imperial inglés señalándole sus diferencias, los militares argentinos hicieron lo mismo que ellos: invadir, que no es lo mismo que liberar. Por eso, en el fondo, se trató siempre de un enfrentamiento de dos países de signos similares, solo que uno de ellos, el menos poderoso, admiraba servilmente al otro. De aquí que también para Gamerro la interpretación de Malvinas como una guerra antiimperialista se funde en una ilusión, esto es, en un opacamiento de lo que los militares eran y hacían. Dice el autor:

[Los militares] nunca dejaron de ver al amo como tal, ni siquiera a Inglaterra. Una prueba incidental de ello es su trato hacia los kelpers, nativos de las islas pero ingleses al fin. Nunca ha dejado de asombrarme que los mismos militares que cometieron todas las atrocidades conocidas con sus propios compatriotas no se atrevieran a tocarles un pelo a los pobladores de las Islas (Gamerro, 2006, p. 70).

En efecto, es en este punto donde se entiende mejor por qué los kelpers se vuelven una presencia disruptiva para la percepción del argentino que llega a dar su vida por las islas. Por un lado, la directiva es tratar a los kelpers como a argentinos, pero sus costumbres y su rechazo dificultan esta percepción. La afirmación de la argentinidad de las islas requería de unos kelpers si no argentinos, al menos con voluntad de argentinizarse. Por otro lado, la reafirmación del ser nacional que presuntamente acompañaba a la reconquista de las Malvinas (el supuesto nacionalismo de los militares) perdía nitidez en el punto en que el comportamiento bélico de los militares emulaba al de las potencias extranjeras. En este sentido, desde la mirada argentina, los kelpers se ubican en un espacio de significación confuso: no se termina de saber si son argentinos (cuando menos, futuros argentinos) o si son un botín de guerra. Es decir, no se sabe si se los está liberando o re-colonizando. Finalmente, a esto se suma que, como sostiene irónicamente Perlongher, la ocupación militar de las Malvinas tiene el efecto de extender “a los desdichados kelpers los rigores del estado de sitio” (Perlongher, 1997, p. 177).

### Reflexiones finales

Como tempranamente observó Foucault, las guerras modernas ya no se hacen en nombre de un soberano sino en nombre propio. Es la amenaza del otro sobre la propia existencia la que las justifica. En mayor o menor medida y con diversas variantes lo que se pone en juego en las guerras modernas es una pregunta por lo que constituye y define la propia vida en tanto perteneciente a una comunidad (y no, por ejemplo, a la del enemigo). Si las guerras muchas veces se asocian con resurgimientos de los nacionalismos es precisamente porque las imaginaciones de la comunidad y las significaciones de la pertenencia se inflan lo suficiente como para justificar el sacrificio de algunos en nombre de todos<sup>8</sup>. Como contrapartida, las manifestaciones anti-bélicas suelen, por un lado, apoyarse en lo que nos iguala en tanto seres humanos por encima de las diferencias nacionales o religiosas entre comunidades y, por el otro, defender la vida como valor supremo<sup>9</sup>.

En 1982 también, como vimos, se exacerbaron los símbolos de la nación y se actualizaron aquellos significados de la nacionalidad que incluían Malvinas: la historia, la geografía, la tradición política y filosófica. Como resultado, durante los meses de la guerra la comunidad nacional se imaginó con unos contornos definidos y unos sentidos estables y claros. Sin embargo, tal

---

<sup>8</sup> Trabajamos aquí con la definición de nación de Benedict Anderson como “comunidad imaginada” (Anderson, 2007).

<sup>9</sup> Una postura de este tipo aparece en la letra de la canción “Reina Madre” escrita por Raúl Porchetto en 1983: “...madre, ¿qué está pasando acá? / Son igual a mí y / aman este lugar tan lejos de casa / que ni el nombre me acuerdo. / ¿Por qué estoy luchando? / ¿Por qué estoy matando?”

comunidad imaginada estaba, desde el comienzo, surcada por líneas de sombra, escindida, lo cual volvía muy difícil su asimilación por los soldados que iban a dar su vida.

Eso es, precisamente, lo que señalan autores como Rozitchner, Perlongher y Fogwill en 1982. La guerra que sucede es inseparable de los que la llevan a cabo y su "otra guerra". Cualquier otra explicación constituye una ilusión, no porque sea falso que las Malvinas son argentinas ni que fueron arrebatadas por una potencia colonial, sino porque las posiciones que ponen allí el énfasis tienden a olvidar ese otro aspecto fundamental e inaceptable. María Pía López expone con claridad la relevancia de intervenciones como la de Fogwill o la de Rozitchner al sostener que:

"Ambos escritos –el ensayo polémico, la ficción– tienen el efecto de rasgar la ilusión, mostrando que el fondo de cuerpos supliciados no dejaba lugar para la amalgama nacional" (López, 2010, p. 152).

Tal vez, se dirá, era más fácil percibir las fisuras en las representaciones de Malvinas y de la nación desde la distancia. En efecto (aunque, como vimos, hubo casos distintos, como el del Grupo de Discusión Socialista), Perlongher y Fogwill escriben desde San Pablo, Rozitchner desde México<sup>10</sup>. Sin embargo, como esperamos haber mostrado, estas grietas en la amalgama nacional también aparecen en los relatos de quienes fueron a Malvinas bajo la forma de una extrañeza, una duda, un desfase entre lo que se espera ver y lo que efectivamente se ve; un olvido en la lección escolar, un desconocimiento del mapa. Lo que se lee a veces es un desfase entre la voluntad de defender eso propio que – se imagina – hay en Malvinas y cierta ajenidad que muestran los sentidos. De este modo los testimonios producen un leve desajuste en las representaciones argentinas de las islas y, más ampliamente, de la nación. Construyen, entre líneas, una zona de duda, un margen; estrictan la tierra; abren, como un tatú o un pichiciego, pozos extraños en el paisaje, aparentemente uniforme, de Malvinas.

### Bibliografía

- AAVV. "Por la soberanía argentina en las Malvinas, por la soberanía popular en la Argentina", in ROZITCHNER, León. *Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia*. Buenos Aires, Losada, 2005. (pp. 137-153)
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- CITTADINI, Fernando – Graciela SPERANZA. *Partes de guerra*. Buenos Aires, Edhasa, 2007.
- EKHARDT, Marcelo. *El desertor*. Buenos Aires, Quipu, 2009.
- FOGWILL, Rodolfo. *Los pichiciegos*. Buenos Aires, Interzona, 2006.
- FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad 1 – La voluntad de saber*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

---

<sup>10</sup> Aunque su obra es posterior, es interesante destacar que también Gamerro estaba en México durante la guerra y su visión de la misma quedó teñida de esta distancia: "Soy clase 62, la clase que fue a Malvinas. No fui a Malvinas. De hecho, estaba fuera del país cuando comenzó la guerra [...] Malvinas, en ese sentido, me marcó, como marcó a toda mi generación, a los que se fueron y a los que se quedaron. Y me dejó, además, la sensación de una vida, quizá también una muerte, paralela, fantasmal –la mía, si me hubiera tocado ir." (Gamerro, 2006, p. 64)

- GAMERRO, Carlos. *Las Islas*. Buenos Aires, Simurg, 1998.
- GAMERRO, Carlos. "14 de junio, 1982". *El nacimiento de la literatura argentina*. Buenos Aires, Norma, 2006. (pp. 63-78)
- GUBER, Rosana. *¿Por qué Malvinas?* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- KON, Daniel. *Los chicos de la guerra*. Buenos Aires, Galerna, 1984.
- LÓPEZ, María Pía. "Soldados, testigos y escritores" in CARBONE, Rocco y Ana OJEDA (comps.) *De Alfonsín al menemato (1983-2001)*. Buenos Aires, Paradiso, 2010. (pp. 150-164)
- LORENZ, Federico. *Las guerras por Malvinas*. Buenos Aires, Edhasa, 2006.
- MENÉNDEZ, María Isabel. *La "comunidad imaginada" en la guerra de Malvinas*. Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- PERLONGHER, Néstor. "Todo el poder a Lady Di", "La ilusión de unas islas" y "El deseo de unas islas". *Prosa Plebeya*. Buenos Aires, Colihue, 1997. (pp. 175-188).
- PRATT, Mary Louise. *Ojos imperiales*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- ROZITCHNER, León. *Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia*. Buenos Aires, Losada, 2005.
- STAMADIANOS, Jorge. *Latas de cerveza en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Emecé, 1995.
- TÚROLO, Carlos. *Así lucharon*. Buenos Aires, Sudamericana, 1982.

### **Lara Segade**

Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Desde 2009 es beneficiaria de una beca de posgrado del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y está realizando su doctorado en Letras con el proyecto de investigación "Contar la guerra: configuraciones ficcionales de Malvinas en la cultura argentina".  
Contacto: larasegade@gmail.com